

Algunos apuntes sobre la trayectoria del Departamento de Historia Contemporánea con motivo de la jubilación de la profesora Menchén

Guadalupe GÓMEZ FERRER

El 30 de septiembre de este curso 2004-2005 se ha jubilado anticipadamente, por voluntad propia, María Teresa Menchén Barrios, después de cuarenta y tres años en la Facultad como profesora en diferentes niveles del escalafón. Como Directora del Departamento en el que ha realizado gran parte de su labor docente e investigadora me es muy grato dejar constancia de la excelencia del trabajo universitario de una personalidad cuya dimensión humana es poco frecuente. Después de tantos años de grata y pacífica convivencia creo que todos vamos a echar de menos. La profesora Menchén es la profesora más antigua dentro del Departamento de Historia contemporánea y ha sido testigo de los profundos cambios administrativos que se han producido en la Universidad.

Por ello tal vez sea bueno aprovechar la ocasión que depara la jubilación de esta profesora, que bien podemos llamar decana del Departamento, para hacer memoria de la vida de una institución que no es tan antigua como algunos de nuestros alumnos, becarios, ayudantes y aun profesores contratados puedan imaginarse. La vida universitaria ha cambiado mucho en los últimos cuarenta años, la manera de acceder a ella también y la relación con el conjunto de profesores que forman o formaban la célula que los vinculaba a la Facultad ha experimentado en consecuencia notables variaciones. María Teresa Menchén ha recorrido ese variado camino y es, sin duda, un lugar de la memoria.

Cuando en 1962 se licenció esta profesora, no había que hacer un concurso de méritos ni pasar por una Comisión que seleccionara a la persona más apta para ser becaria o ayudante. El catedrático, que conocía bien a sus estudiantes, seleccionaba a uno o dos entre los que tenían mejor expediente y él juzgaba más idóneos para ofrecerles el puesto de «Ayudantes de clases prácticas», cargo que no tenía remuneración alguna pero que los vinculaba a un profesor con prestigio y «auctoritas». En el caso de María Teresa Menchén fue el catedrático de Historia Moderna Universal don Ciriaco Pérez Bustamante quien, ya a comienzos de su quinto curso, le animó a trabajar intensamente y a preparar la tesina en ese mismo año, con la expectativa, todavía remota, de convertirse en Ayudante de clases prácticas al terminar la carrera. Y por este sencillo medio, avalado siempre con un excelente expediente, algún licenciado o licenciada pasaban a formar parte de una cátedra, —los departamentos no existían todavía— en la que, bajo la dirección del catedrático, comenzaban a realizar ciertas labores docentes y a iniciarse

en un trabajo de investigación. Pero, conviene recordarlo, la iniciación no pasaba prioritariamente por la investigación, ni por la participación en proyectos — que en aquellos momentos no existían con convocatoria oficial— ni en estancias en el extranjero, impensables durante la Dictadura, sino por la práctica docente y aún burocrática, puesto que por entonces no existía la figura del secretario o secretaria administrativa.

Era frecuente compatibilizar la plaza de Ayudante con un puesto de becario en el CSIC o incluso con una cátedra en un Instituto de Enseñanza Media, como se han llamado hasta fechas relativamente recientes. Y éste fue el caso de María Teresa Menchén, que por sugerencia de don Ciriaco se presentó en el Instituto Fernández de Oviedo y consiguió una plaza de becaria. El trabajo de Profesor Ayudante de clases prácticas consistía obviamente en dar clases prácticas, innumerables seminarios en algunos casos, y a menudo en fichar a mano —más tarde sería a máquina, y sólo en fechas relativamente próximas se ha llegado a la informática— los libros que se compraban. Es bueno tener presente que por aquellos años los libros que se adquirían no pasaban directamente a la Biblioteca de la Facultad; eso tendría lugar en el curso 1970-71, cuando el edificio de la antigua Facultad de Económicas había pasado a ser el de Filosofía y Letras desde el curso anterior. Desde entonces este edificio pasó a llamarse el B, para distinguirlo del que estaba situado enfrente de la Facultad de Derecho, —única sede de la Facultad de Filosofía y Letras desde que ésta saliera de San Bernardo—, en el que todavía quedaba algún departamento y se impartían clases. Fue entonces cuando comenzaron a aparecer grietas en los pasillos de este edificio y hubo que trasladar los libros desde los diferentes armarios de cada planta a la biblioteca situada en la cuarta, ya que todavía el lugar que ocupa la actual Biblioteca, entonces llamado salón de actos, permanecía cerrado. Sería con motivo de una intervención del profesor Tierno Galván, sancionado en los últimos años del franquismo, cuando se reinaguraría este salón que luego se convertiría en la espléndida Biblioteca que todos conocemos y frecuentamos.

En los años setenta, la tarea de los ayudantes era diversa y heterogénea; además de escribir muchas cartas de presentación para los alumnos que deseaban tener acceso a la Biblioteca Nacional o a cualquier archivo o hemeroteca, se ocupaban de hacer vaciados de las revistas que llegaban a los recién creados departamentos. Los contratos se renovaban anualmente, y pronto se comenzó a percibir una ridícula remuneración que en 1971, al aparecer la dedicación exclusiva, se convirtió en la golosa cantidad de diez mil pesetas mensuales.

Pero esta situación de relativa estabilidad sobrevino, como digo, a comienzos de los setenta. En los sesenta, cuando un catedrático se jubilaba, las personas que habían sido nombradas por su iniciativa, por muchos méritos que tuvieran, corrían el peligro de quedarse en la calle. Y es que la vinculación con la Universidad, más exactamente con la Facultad, se hacía de manera personal a través de un catedrático, y digo catedrático porque no existían mujeres que por entonces —salvo el caso de María Angeles Galino— ocuparan tales puestos en el escalafón. A decir verdad, ni siquiera las mujeres solían obtener el título de profesora adjunta. Precisamente fue entonces, ante la demanda de profesorado

que exigía la masificación de la Universidad, cuando comenzaron —comenzamos—, «las chicas» a acceder a la docencia universitaria, siempre en puestos bajos del escalafón. Esto era lógico en una recién licenciada o licenciado; lo que ya no parecía tan lógico era que las mujeres encontraran más dificultades que los varones para ascender en el escalafón. Pero esta cuestión nos llevaría a una historia distinta de la que ahora nos ocupa; he querido aludir a ella, sin embargo, porque a menudo se obvia, sin tener en cuenta la discriminación y falta de equidad que esta práctica comportaba.

En 1967 se jubilaba don Ciriaco Pérez Bustamante y en consecuencia peligraba la situación laboral de todos sus ayudantes, ya que era habitual que el nuevo catedrático que cubriera la plaza —una vez por oposición y otra por concurso de méritos, de manera alternativa—, trajera desde su Universidad de procedencia a las personas que trabajaban con él o bien nombrara otras de su confianza. En este caso el nuevo catedrático, don Vicente Rodríguez Casado, se rodeó como era habitual de sus propios ayudantes. Pero en aquel mundo pequeño, de profesorado reducido y de escasa especialización, no era insólito que las titulaciones de los catedráticos fueran de Historia Moderna y Contemporánea. Por otra parte, si no habitual, sí era al menos frecuente que los catedráticos conocieran el perfil intelectual y humano de los distintos ayudantes, y que si alguno, por circunstancias de esta índole, veía amenazado su puesto de trabajo se le ofreciera en una cátedra afín. Y esto es lo que sucedió entonces. Don Jesús Pabón, catedrático de Historia Universal Contemporánea, ofreció un puesto de ayudante a uno de los dos que estaban con Pérez Bustamante —en este caso José Urbano Martínez Carreras—, pero de inmediato, y todavía antes de comenzar el curso que hubiera dejado fuera de la universidad a María Teresa Menchén, el adjunto de don Jesús sacó una cátedra, Martínez Carreras pasó a ser adjunto contratado y Menchén Barrios a ser ayudante. Y es que entonces, a finales de los sesenta, cuando no existían los Departamentos, la estructura de lo que hoy es el de contemporánea se componía de dos cátedras: la de Historia Universal y la de Historia de España, cada una de las cuales contaba con un adjunto, cuya plaza se obtenía por oposición, y de uno o dos ayudantes. El catedrático daba las clases; el adjunto tenía también asignada docencia propia, pero solía dar una de las tres clases semanales que correspondían al catedrático por asignatura y también cubría sus ausencias. Los ayudantes no daban docencia obligatoria en un principio, pero sí seminarios anuales o trimestrales. Más tarde comenzarían también a cubrir ausencias.

Pues bien, la profesora Menchén pasó a formar parte de la cátedra de don Jesús. Pero es necesario decir, que el profesor Palacio Atard, conocedor de su difícil situación, ya le había prometido el primer puesto que quedara vacante en su cátedra. Al contrario de lo que pueda parecer, no es que las cosas se hicieran por puro amiguismo —al menos no en mayor medida que en la actualidad— sino que existía un conocimiento intelectual y humano entre profesores, alumnos destacados y ayudantes, que permitía, dada la escasa demanda, elegir en función de la calidad intelectual de los candidatos sin recurrir a unos controles establecidos que entonces ni existían ni se juzgaban necesarios para el puesto de Ayudante de

clases prácticas. Lo que sí es cierto es que esta forma de selección creaba vínculos humanos e intelectuales que se fomentaban al margen de la propia institución universitaria. En el caso que nos ocupa, la gratitud de la profesora Menchén hacia estos dos profesores es bien conocida y ella misma la ha puesto de manifiesto siempre que ha tenido oportunidad.

En el curso 1975-76 se crearon los Departamentos y comenzó un período de transición. Había tan sólo dos catedráticos en el de Moderna, y otros dos en el de Contemporánea. Y aunque a comienzos de los años setenta —curso 1973-74— tanto los adjuntos como los ayudantes dejaron de ser dependientes de la cátedra para serlo del Departamento, de hecho las vinculaciones continuaron existiendo. No es algo que pueda extrañar cuando hasta fechas recientísimas ha ocurrido algo semejante con los becarios. Afortunadamente en la actualidad, al menos en nuestro Departamento, esta situación es agua pasada.

En 1972 se jubiló el profesor Pabón y poco después ocupó su cátedra de Historia Universal Contemporánea —esta vez por concurso— el profesor Jover, que ocupaba la de Historia Universal Moderna en la misma Facultad pero cuya primera oposición en 1949 —cuando accedió a la Universidad de Valencia— había sido para una cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea. Jover mantuvo a las dos ayudantes existentes —una de ellas la profesora Menchén—, pero ensanchó los cuadros de este profesorado con personas que trabajaban con él en la cátedra de Historia Moderna y que habían centrado su investigación en Historia Contemporánea. Para ello no se necesitaba más que la aprobación del Consejo del Departamento. Así se produjo un primer trasvase de profesores que estaban en el Departamento de Historia Moderna, seguido años más tarde, ya mediados los años ochenta por otro. Esta situación determinó que el Departamento de Historia Contemporánea, a pesar del creciente número de alumnos a los que impartía docencia, apenas dispusiera de plazas de libres en las convocatorias para profesores Titulares, ya que a esta situación producida en los años setenta y ochenta se añadió la llegada de tres profesores procedentes de la antigua Escuela Normal que al transformarse en Facultad de Ciencias de la Educación decidieron optar por la Historia y no por la Didáctica, y se integraron primero como sección departamental y luego formando parte del cuadro docente del Departamento .

Ante la masificación de la Universidad, y también de la Facultad, hubo que multiplicar el número de grupos por asignatura, y ello hizo necesaria la contratación de profesores. Así fue como apareció la figura del «Profesor Encargado de Curso» y la del «Adjunto contratado», cuyo destino era convertirse en Profesores Adjuntos mediante una oposición. Y por esta vía se fueron multiplicando los profesores Adjuntos, llamados poco después Titulares. La profesora Menchén pasó por todo este escalafón. En el curso 1978-79 pasó a ser Adjunta Contratada con tres grupos a su cargo, y en 1986 obtuvo por oposición libre la Titularidad de Historia Contemporánea. Aunque la oposición era libre y el puesto hartamente goloso, no se presentó nadie más que ella puesto que dentro del Departamento existía una

especie de consenso acerca de que era la candidata que reunía más méritos para esta plaza.

Es oportuno recordar también que ya entonces se había producido un cambio decisivo en el escalafón universitario. En 1967 se creó la figura de profesor Agregado, que venía a ocupar una situación intermedia entre el Catedrático y el Adjunto. La plaza de profesor Agregado se cubría por oposición, y el profesor Vicente Cacho obtuvo, ya ese año, una Agregación de Historia Contemporánea en Madrid, que mantuvo hasta 1970 en que marchó a La Laguna. Fue a partir de entonces, aunque muy lentamente, cuando el cuadro del profesorado del Departamento se ensanchó no sólo por abajo —esto sí se hizo de forma rápida con ayudantes, contratados, encargados y titulares— sino también por arriba con los profesores Agregados llamados a convertirse muy pronto en catedráticos. Éste fue el caso de los profesores Ricardo de la Cierva y Javier Tusell, que sacaron la agregación en 1975 y marcharon pronto a otras Universidades como catedráticos, y el de los profesores Antonio Fernández y Julio Aróstegui que, después de obtener la agregación en el Departamento, permanecieron en él como catedráticos con arreglo a la ley de Reforma Universitaria de 1983.

En el curso 1985-86 se jubilaron los dos catedráticos más antiguos del Departamento, Palacio Atard y Jover Zamora, cuyas plazas serían cubiertas tras sendas oposiciones por el profesor Ruiz-Manjón, antiguo profesor del Departamento que desempeñaba la cátedra de Granada, y por el profesor Fusi Aizpurúa, antiguo alumno de la Facultad proveniente de la Universidad del País Vasco.

A partir de entonces la trayectoria del Departamento ha permanecido bastante estable en cuanto a los cuadros docentes. Los Ayudantes pasaron por oposición a convertirse en Titulares a lo largo de los años ochenta y noventa, y los becarios que comenzaron a entrar en los años ochenta cada vez en menor medida pudieron integrarse en la docencia universitaria. Hubo cátedras de promoción, hubo una oposición a cátedra para cubrir la del profesor Cacho fallecido prematuramente y hubo habilitaciones para catedráticos; en cada una de estas ocasiones el Departamento ha tenido ocasión de demostrar su preparación científica y en la actualidad cuenta con seis catedráticos, dos catedráticas y un profesor habilitado a catedrático. En los últimos años ha surgido la figura de Contratado Doctor y también aquí el Departamento ha mostrado su competencia y ha aprovechado todas las oportunidades que se le han presentado. En la actualidad cuenta con dos Contratados Doctores: un profesor y una profesora. En fin, la figura del profesor Ayudante ha vuelto a tener presencia entre nosotros a través siempre se un duro concurso de méritos. Esperemos que esta vía y otras que puedan presentarse constituyan una esperanza para los jóvenes licenciados doctores y una excelente vía de renovación desde abajo para un Departamento que, como casi todos los de la Complutense, digamos con benevolencia que empieza a estar envejecido.

En los últimos años se han jubilado o han fallecido algunos profesores Titulares. Este curso lo hace por propia voluntad, a los sesenta y cinco años, María Teresa Menchén, Mayte para todas las personas del Departamento y de la Facultad. Me he referido a su trayectoria profesional estrechamente ligada a la

del Departamento, recordando lo que fue éste antes de su nacimiento. No es posible terminar sin hacer una breve referencia a la persona que me ha proporcionado la ocasión de hacerlo.

Ni es oportuno ni viene al caso tratar de dilucidar la superior importancia que cabe a la investigación o a la transmisión de vocación y técnicas que la enseñanza universitaria conlleva; son dos vertientes del profesor universitario que ha cubierto cumplidamente la profesora Menchén. La docencia —le hemos oído decir muchas veces— ha sido su gran pasión universitaria. Los que hemos tenido el privilegio de su amistad sabemos que siempre trabajó por actualizar sus conocimientos, por intentar transmitirlos con la máxima claridad, por tratar al alumno con el mayor respeto y por estar siempre cercana y accesible a los estudiantes. Su labor investigadora ha tenido como objeto la historia de Europa y de España del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, centrandos sus trabajos, fundamentalmente, en el estudio de las crisis liberales de la época de Isabel II y la Revolución de 1868, por una parte, y por otra en la gestación del movimiento europeo. Buena muestra de ello es su excelente tesis doctoral dirigida por el profesor Pabón: *El infante D. Enrique de Borbón y su participación en la política española del siglo XIX*, publicada en 1983 o un conjunto de trabajos sobre los inicios del proceso de integración europea; recordemos por ejemplo, el publicado en 1998: *The Spanish Reply to Briand's Memorando: Public Opinion and Oficial Response..*

En fin, quisiera dejar constancia de que la recordaremos como una persona que siempre supo estar en su sitio, que difundió paz en su entorno y que estuvo en todo momento dispuesta a prestar su colaboración profesional y personal a los demás.